

Imágenes arqueológicas del investigador Luis Duque Gómez¹

Héctor Llanos Vargas

Profesor Titular

Universidad Nacional de Colombia

Hoy, las personas que nos encontramos aquí reunidas, convocadas por la fundación ERIGAIE, tenemos un sentimiento en común, la admiración y respeto al doctor Luis Duque Gómez y el deseo de hacerle un merecido homenaje póstumo.

Mirar y no ver nada es percibir la realidad de otra manera. Sentado en la cima del Machu Pichu rodeado de la blanca niebla que todo lo cubre, escucho los sonidos de aves desconocidas y del torrente del profundo Vilcamayo que corre hacia el Oriente, para dar génesis al gran río de las Amazonas. Me siento inmerso en un espacio cósmico de manera análoga a la de Zaratustra cuando se dirige a los rudos marineros, después de bajar de la montaña de las islas Afortunadas y les dice: “a vosotros los ebrios de enigmas que gozáis con la luz del crepúsculo, cuyas almas son atraídas con flautas a todos los abismos laberínticos: pues no queréis, con mano cobarde, seguir a tientas un hilo; y allí donde podéis adivinar, odias el deducir.”

¹ Palabras pronunciadas en la Fundación Erigaie con ocasión del homenaje que se hizo a la memoria del doctor Luis Duque G., septiembre de 2001.

No soy consciente de la medida del tiempo: ¿Será que “Toda verdad es curva, el tiempo mismo es un círculo”, como le dice el enano (espíritu de la pesadez) a Zaratustra? O como le responde éste: lo que existe es la puerta llamada “Instante” a la que llegan dos calles que son una eternidad: “Cada una de las cosas que *pueden* correr, ¿no tendrá que haber recorrido ya alguna vez esa calle? Cada una de las cosas que *pueden* ocurrir, ¿no tendrá que haber ocurrido, haber sido hecha, haber transcurrido alguna vez? Y si todo ha existido ya: ¡qué piensas tu, enano, de este instante? ¿No tendrá también este portón que – haber existido ya? (Nietzsche, 1999:228-30)

Vivo un momento de plenitud, no siento hastío, no veo el sol ni la luna, sólo me cubre el frío de los Andes y sonrío al ver el Huayna Pichu y fragmentos de las ruinas de la ciudadela que aparecen y desaparecen mágicamente, como si se tratara de un sueño, gracias a la bruma que se desplaza. Luego desciendo de la cúspide de la montaña, del cielo y me introduzco en la niebla, en el laberinto de escaleras y caminos, viendo imágenes bellas que justifican la vida.

La muerte nos sigue y seguirá causando estupor y dolor, a pesar de que sabemos de su perennidad y de que la vida es un proceso que conduce a ella. Ante esta situación, las culturas humanas, desde los primeros grupos de cazadores de la Era del Hielo, cuando tomaron conciencia de la muerte, se diferenciaron de las otras especies animales, al enterrar a sus parientes y amigos en el vientre de la tierra o en cavernas acompañados de animales mágicos, primeras obras que comunican su necesidad de expresar artísticamente su misterioso significado. Por eso, la muerte, el ser humano la convierte, al mismo tiempo, en una ruptura y en un rito de transformación o liberación del espíritu del cuerpo material, al que tanto nos aferramos. Aún, en tiempos modernos actuales, dominados por la racionalidad científica, filosófica y la estulticia de la modernidad, como millones de personas sigo comunicándome en los sueños con los espíritus de personas que he querido, ante la imposibilidad de hacerlo en la vigilia.

Durante el año 1993 tuve la oportunidad de organizar la exposición ESPACIOS MÍTICOS Y COTIDIANOS, ARQUEOLO-

GIA DEL ALTO MAGDALENA, con la gobernación del Huila y el Instituto Colombiano de Antropología, que fue inaugurada el 15 de febrero de 1994, en el museo Nacional de Colombia. Esa noche ritual fue algo especial, porque significó mostrar la grandeza de la cultura de San Agustín, por intermedio de varios de sus chamanes de piedra, raptados, momentáneamente, desde sus lugares de origen y permanencia en sus montículos funerarios de San Agustín e Isnos. A escala discreta, como le gustaba al doctor Duque, esa noche la gobernación del Huila le hizo un merecido reconocimiento y homenaje a su labor científica iniciada en 1943 y a su colega y amigo, el arqueólogo Julio Cesar Cubillos (1920-1994), quien lo acompañó en sus labores de terreno y laboratorio durante la década de los setenta.

Al ser el guionista y curador de esta exposición, consideré que lo más apropiado sería introducir al público que la visitaría, con una reseña histórica de la investigación realizada en el sur del alto Magdalena, a través de textos de sus principales exploradores y arqueólogos, desde el imaginario religioso del fraile Juan de Santa Gertrudis que plasmó en su obra MARAVILLAS DE LA NATURALEZA, sus descos y fantasías sobre las estatuas que pudo apreciar, hasta los hallazgos e interpretaciones científicas más recientes. Para lograrlo me surgió la idea de exhibir en vitrinas instrumentos y diarios de campo, propios de los arqueólogos y una serie de fotografías privadas, con la intención de mostrar una faceta más humana de un oficio tan apasionante que se vuelve una manera de vivir.

Como persona cercana al doctor Duque, le comuniqué la propuesta del guión y le solicité que me facilitara algunas fotografías de su archivo personal, a lo que accedió de manera generosa, como lo pude apreciar el día en que en su oficina colocó sobre su escritorio su archivo privado y me dijo: escoja las que usted considere convenientes, lo cual, además de ser un voto de confianza, significó la oportunidad de conocer y divulgar a un público, a través de sus fotos privadas, aspectos más personales de su trabajo de investigación durante varias décadas.

En ese entonces, entre mis lecturas personales, realizaba la del bello libro de Roland Barthes, *EL IMPERIO DE LOS SIGNOS* (1991), que conmocionó mi intelecto de manera favorable, al estar escribiendo el texto *LOS CHAMANES JAGUALES DE SAN AGUSTIN. GENESIS DE UN PENSAMIENTO MITOPOETICO* (1995). Barthes me transmitía lo que había vivido como occidental en un viaje al Japón, cuando se encontró con la percepción del budismo Zen tradicional, relativo a las imágenes y al texto: “El texto no “comenta” las imágenes. Las imágenes no “ilustran” el texto: tan sólo cada una ha sido para mí la salida de una especie de oscilación visual, análoga quizá a esa “pérdida de sentido” que el Zen llama un “satori”; texto e imágenes, en sus trazos, quieren asegurar la circulación, el intercambio de estos significantes: el cuerpo, el rostro, la escritura, y leer ahí la distancia de los signos.” (1991:5)

En este sentido, las fotografías del archivo personal del doctor Duque exhibidas en la exposición de la cultura de San Agustín, adquirieron una dimensión más allá de la curiosidad o del voyeurismo del ser humano. Este atractivo misterioso y fascinante, Barthes lo amplió posteriormente, mostrando el significado de las fotografías y la lectura que hacemos de ellas, en su texto *LA CAMARA LUCIDA* (1994). Descubrir que la fotografía transforma el sujeto en objeto al captar momentos del pasado, que ya fueron y que nos animan o reviven nuestras emociones cuando las miramos, sobre todo aquellas que nos atraen, en tanto: “se puede: ya sea desear el objeto, el paisaje, el cuerpo que la foto representa; ya sea amar o haber amado al ser que nos muestra para que lo reconozcamos;” (1994:53). Las solas fotografías no tienen vida pero al mirarlas nos animan y es precisamente lo que deseo compartir con ustedes en el día de hoy, como queriendo animar mi espíritu, mirando algunas fotografías en que está la imagen del doctor Duque, como alternativa ante el vacío que nos ha dejado su muerte.

Las dos imágenes fotográficas seleccionadas fueron exhibidas en la exposición del museo nacional y quedaron impresas en el catálogo de la misma, una al lado de la otra. Hoy, al mirarlas se me integran a otras que guardo en mi memoria de instantes vividos con el doctor Duque.

Las dos fotos son las que más me atraen y me permiten proyectar en la cámara oscura de mi mente imágenes de la compleja humanidad del doctor Duque. Estas fotografías fueron tomadas simultáneamente, cuando realizó la excavación del cementerio de Quinchana, en 1946, uno de los primeros proyectos que fundamentaron su vida profesional en la región arqueológica de San Agustín.

En la primera, el doctor Duque posa en actitud tranquila, de pies, con las piernas cruzadas, de medio lado, sin mirar a la cámara sino hacia un lado, con una mirada perdida, al lado izquierdo de la escultura en piedra de una mujer sentada, en cucullas, que él encontró debajo de un montículo de piedras rodeada de tumbas. Al fondo, en la mitad superior, se encuentra una carretilla para transportar la tierra de las excavaciones y el característico paisaje del valle profundo del río Magdalena, con sus altas montañas, entre las que sobresale el alto de Quinchana. Su mano derecha se posa suavemente sobre la cabeza de la escultura.



En ese entonces, el doctor Duque tenía 30 años, estaba soltero y como lo expresa su mirada indeterminada, tímida, no sabía que su destino le tenía deparado que toda su vida estaría vinculada a la cultura de San Agustín, lo que lo llevaría a excavar, como lo simboliza la carretilla de mano, centenares de tumbas y a exhumar varios chamanes de piedra, con los que pudo construir la más grande obra científica que hasta ahora se ha escrito sobre esta cultura.

En su oficina era frecuente oírlo hablar de sus prime-

ras excavaciones en San Agustín y de manera particular, sobre Quinchana, porque según parece fue una experiencia especial. Tengo la impresión que fue uno de esos difíciles primeros retos que logró alcanzar, en una época en que llegar a esta vereda del municipio de San Agustín no era fácil, por encontrarse en un sitio escarpado todavía cubierto de bosques húmedos, al que se llegaba por un peligroso camino de herradura. Allí, como me lo contó en una ocasión, casi pierde la vida al pasar un rústico puente de troncos de árboles, porque al pisarlo se resbaló y por poco cae a las aguas del torrentoso Magdalena, y le tocó dormir en un rústico campamento, techado con hojas de palma, de donde los monos, en un momento de ingenuo descuido, se le robaron el mercado que había llevado como abastecimiento

Quinchana también le significó encontrar la primera evidencia con la que sustentó que el arte escultórico de San Agustín era de carácter funerario y: "El hecho de que aparezcan varios enterramientos femeninos y de niños próximos a la deidad principal, que también es una representación femenina, explicaría su significado, es decir, que quizás estuvo consagrada esta estatua al culto de la maternidad." (1966:188)

Esta experiencia y las siguientes le formaron un carácter, que aquellos que tuvimos la oportunidad de conocerlo, en su edad madura, lo vivimos en carne propia, cuando éramos jóvenes investigadores; en primera instancia, lo consideramos duro, estricto y exigente con los trabajos de terreno y con los informes que evaluaba, como director de la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN), del Banco de la República. Como buen científico y académico no dejaba pasar un error de redacción y ortografía y discutía la sustentación empírica de cualquier interpretación que uno se atrevía a escribir. Con el paso de los años, las personas que mantuvimos un contacto permanente con él, terminamos acumulando un respetuoso afecto y comprendiendo y valorando estas exigencias o regaños en el campo científico. Uno de los rasgos de su personalidad más sobresalientes fue su actitud honesta, inquebrantable e insobornable, que no discriminaba a los investigadores, ya fueran jóvenes

o mayores, a los que atendió con respeto profesional. Como era de esperarse, se presentaban diferencias teóricas y metodológicas con los jóvenes investigadores y aunque defendía siempre su posición científica, a veces con vehemencia, siempre lo hizo respetando la de los demás y lo que en primera instancia parecía una actitud irreconciliable, poco tiempo después terminaba en una conciliación, como se aprecia en las múltiples publicaciones que hizo, tanto de los informes preliminares como de los finales en el *BOLETIN DE ARQUEOLOGIA* y en la colección de monografías. Por cierto, estas publicaciones constituyeron uno de sus principales orgullos, en tanto decía que eran la memoria pública de la investigación arqueológica de Colombia, distribuida a escala nacional e internacional, que generaba una imagen de prestigio y reconocimiento de la arqueología de nuestro país, en el contexto mundial. Si no fuera por el apoyo dado por el doctor Duque, como director ejecutivo y los demás miembros de la junta directiva de la FIAN del Banco de la República, muchos de los que conformamos las nuevas generaciones de arqueólogos, a partir de los años setenta, no habríamos podido desarrollar el trabajo que hemos hecho.

La segunda foto, que se encuentra al lado de la anterior, en el catálogo de la exposición, simboliza otra importante faceta de la vida del doctor Duque Gómez. En ella, al lado derecho de la misma escultura femenina de Quinchana, se encuentra también de pies, un campesino de la región con un ascendiente indígena evidente, que a diferencia del doctor Duque, cruza los brazos sobre su vientre, como lo hacen los chamanes de piedra, lleva una bolsa de



cabuya con hojas de coca y mira de frente, de igual manera que la escultura, mostrando que los rasgos faciales de ambos son muy parecidos, o sea que el pasado de la cultura de San Agustín está presente. Esta foto me impresiona porque percibo en ella como si la escultura fuera la madre ancestral del joven indígena, que nos miran en silencio, sin la temporalidad lineal de pasado, presente y futuro, o mejor dicho, como si al frente (donde se encontraba el doctor Duque quien tomó la foto y estamos nosotros que la miramos), se encontrara el origen, el ancestral presente, que enfatiza la perdurabilidad del pensamiento cósmico de la cultura de San Agustín, recuperado con la investigación arqueológica y heredado por las culturas indígenas actuales, que han logrado mantener sus maneras de pensar ancestrales.

Cuando seleccioné esta foto para la exposición, el doctor Duque Gómez expresó su satisfacción y me recordó otra de sus enseñanzas como maestro, otro de sus temas recurrentes en sus conversaciones, la comunidad de San Agustín. El siempre tuvo en cuenta que la investigación arqueológica se debía hacer con una proyección social, con la participación de la gente campesina de San Agustín, no solamente como trabajadores de sus excavaciones y las realizadas con su colega y amigo Julio cesar Cubillos, sino como receptores de los resultados científicos. Son muchos los actos que confirman esta apreciación. Entre ellos sobresalen las decisiones que tomó como director del Instituto Colombiano de Antropología, cuando ordenó y dirigió las construcciones, en el parque arqueológico, de la sede administrativa, el museo y aposento para los investigadores de la cultura de San Agustín. En ese entonces, pensó no solamente en la preservación de los yacimientos arqueológicos sino también en la comunidad, por eso se construyó la escuela de Mesitas, a la entrada del parque en terrenos del mismo, para beneficio de los niños campesinos de la vereda y apoyó la gestión gubernamental para la construcción del hotel de turismo, la mejora de carreteras y otras obras municipales.

Junto con el maestro Cubillos, siempre conservaron una amistad con familias del pueblo de San Agustín, con las que compartieron sus ratos de descanso y esparcimiento. En todo

momento reconoció los aportes realizados por los trabajadores y administradores del parque, como los trabajos de los señores Carlos Criollo, Eduardo Unda y Tiberio López. Como tuve la oportunidad de apreciarlo, desde que inicié mis trabajos en San Agustín con el proyecto de Quinchana, en 1981, me impresionó el respeto que los trabajadores del parque y de San Agustín tenían por los doctores Duque y Cubillos, a quienes apreciaban considerablemente, no solo por sus aportes científicos, sino por sus cualidades humanas. Por eso fueron declarados ciudadanos ilustres de San Agustín, además de que les otorgaron el mayor reconocimiento oficial del municipio, la medalla de LA ORDEN DE LA CHAQUIRA.

Cada vez que hablaba con el doctor Duque, en vísperas de irme a terreno, decía que me envidiaba por tener el privilegio, no tanto de excavar, sino de vivir en una tierra que él amaba, además de su entrañable Antioquia, con su clima lluvioso o un sol picante y por tener la ocasión de estar con sus habitantes. Esto lo he podido constatar, y no dudo en afirmarlo, que la investigación arqueológica que hasta ahora he podido realizar, con la participación de estudiantes de Antropología de la universidad Nacional de Colombia, la hemos realizado gracias a la familiar acogida en los hogares de pobres, trabajadores y sencillos campesinos de los municipios de San Agustín, Isnos, Saladoblanco, Garzón y Pitalito

En la medida en que se desconozca a la comunidad, donde se encuentran los asentamientos prehispánicos, se vuelven más insolubles los problemas de la preservación del patrimonio cultural arqueológico. El doctor Duque nos enseñó esta gran verdad entre otras y hoy, como homenaje de gratitud, pienso que todos estamos de acuerdo en decir, que su desaparición corporal, genera la permanencia, en nuestra memoria, de su valiosa herencia científica, que nos transmitió como maestro, a la usanza de su generación de pioneros, como la llamamos familiarmente; gracias a ellos se consolidó la investigación arqueológica en nuestro país y lo que ellos llamaron una identidad cultural nacional. Así quiso expresarlo el doctor Duque, en sus palabras de agradecimiento, cuando le fue otorgado uno de sus múltiples reco-

nocimientos, el galardón "Vida y obra" del premio nacional al mérito científico, por parte de la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia y Granahorrar, en 1996, al referirse a las enseñanzas aprendidas como historiador y antropólogo, a lo largo de su vida: "Son estas enseñanzas las que afianzan nuestra fe y nuestro optimismo sobre el futuro de Colombia, un futuro que ha venido forjándose a través de generaciones sucesivas, desde los fundadores de la nacionalidad y debatiéndose, como ahora, en la paradoja del difícil aprovechamiento de los ingentes recursos espirituales y naturales, por la recurrencia de brotes de conducta delictiva, que generan el pesimismo y la desesperanza colectivos, pero que no deben desalentar los propósitos de engrandecimiento patrio que a todos nos obliga como compromiso generacional." (en Fog, 1996:137) Con la imagen del doctor Duque y la presencia de doña Leonor, su esposa, sus hijos y nietos y sintiendo la intensidad del adagio para órgano y cuerdas de Albinoni, pienso que de los maestros heredamos su sabiduría.

Muchas gracias.

BIBLIOGRAFÍA

- Barthes, Roland. 1991. *El Imperio de los Signos*. Madrid: Mondadori, España, S.A..
- _____. 1994. *La Cámara Lúcida*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S. A.
- Duque, Luis. 1966. *Exploraciones Arqueológicas en San Agustín*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología.
- Llanos, Héctor. 1994. *Espacios Míticos y Cotidianos. Arqueología del Alto Magdalena*. Santafé de Bogotá: Catálogo de la exposición realizada por la Gobernación del Huila y el museo nacional de Colombia.
- _____. 1995. *Los Chamanes Jaguares de San Agustín. Génesis de un Pensamiento Mitopoético*. Santafé de Bogotá: Cuatro y Compañía, S. A.
- Nietzsche, Federico. 1999 *Así Habló Zaratustra*. Madrid: Biblioteca Nietzsche, Alianza Editorial.